

Carta de Ecuador: la nueva migración

Ernesto Capello*

Uno de los personajes clave de nuestros tiempos es el emigrante: ese hombre o mujer que un buen día junta sus aperos y se sube a una balsa, a un barco o a un avión a la espera de despertarse en una tierra distante o del otro lado de una frontera para construir una nueva vida, para escapar de la persecución política o simplemente para cambiar de escenarios. En las décadas de 1950 y 1960, mientras que en otros países crecía el número emigrante, pocos ecuatorianos migraban a tierras lejanas, y de los que se iban pocos regresaban –mi propio padre fue una excepción–. Mi infancia fue un ir y venir: recuerdo cómo pasaba sin problemas por la fila de migración estadounidense, en tanto la mayoría de mis compatriotas esperaban con sus enormes bolsos en una larga e interminable fila, la de *foreigners*, la que se alargaba por los aeropuertos. Lo recuerdo ahora porque hoy, cuando paso por esas barreras, aunque todavía no cargo el enorme bolso, el pasaporte estadounidense me manda a las filas más largas, a las de los ecuatorianos *citizens* que regresan a Nueva York. En efecto, lo que ha pasado es que el Ecuador no es ya la tierra bucólica del campesino andino, sino que se ha transformado en una nación de emigrantes con una de las tasas de emigración más altas de Latinoamérica.

A lo largo de casi todo el siglo XX, la emigración ecuatoriana fue una de las más bajas de la región. Ecuador seguía siendo “el claustro de los Andes”, separado de los grandes polos de atracción –Nueva York, Los Ángeles, Londres, París– por algo más que la simple distancia. Pero muchas cosas pasaron en la década de 1990, desde altas tasas de inflación hasta la apertura del mercado nacional llevada

* Traducción de Mauricio Tenorio Trillo.

a cabo por el gobierno de Sixto Durán Ballen. Mientras que las mercancías extranjeras sustituían a los productos locales, la economía comenzó a sufrir serios vaivenes; la situación empeoró aún más con la inestabilidad política y la corrupción irrefrenable que llevó a la caída no de uno sino de dos presidentes —ambos descendientes de inmigrantes—, y esto después de huelgas generales y de la movilización de una alianza masiva de sindicatos, grupos indígenas y políticos de oposición. La economía tocó fondo cuando los bancos se desvanecieron en 1997, lo cual llevó a la adopción del dólar como la nueva moneda de curso legal. Y así fue que lo que fuera un pequeño arroyo se volvió un caudaloso río: el promedio anual de emigración subió de 30 000 en 1990, a más de 140 000 personas anualmente del 2000 en adelante. El país hoy cuenta con la dudosa distinción de tener el más alto porcentaje de emigración neta del continente, casi el doble que su competidor más cercano: México.¹

No siempre ha sido fácil la vida de errante viajero, las remesas ganadas con tantos trabajos llegan al país cargadas de historias de sinsabores y tristezas. No es fácil encontrar trabajo, aunque existan zonas enteras de Madrid y Queens que se han convertido en enclaves ecuatorianos en los que las tardes de domingo se convierten en partido de fútbol en los parques, torcidas por la selección —en efecto, al fin pasamos al mundial—, y miles de “cholas” preparando grandes ollas de “mote” y “fritada”. En España, que en algún momento alentó la inmigración, los ecuatorianos encuentran xenofobia y días de trabajo de quince horas en el cultivo de frutas y verduras o en el cuidado de ancianos, especialmente en la región agrícola cercana a Murcia y en ciudades como Madrid y Barcelona. En ciudades ecuatorianas como Cuenca —la tercera ciudad ecuatoriana y la capital de Azuay, la provincia con más población emigrante— se han vuelto lugares comunes, como alguna vez las tiendas que llenaban las calles de este “patrimonio de la humanidad”, los adhesivos de Western Union y otras compañías en las puertas marcadas con la leyenda *Famiremasas*. Y más emigrantes saltan cada día a los barcos y a los aviones.

Una amiga, Marta, un día se fue siguiendo a su hermana hasta la región donde vive el sol y dejó a dos de sus hijos en Cuenca. Las hermanas dormían y trabaja-

¹ De acuerdo con el *CIA Factbook*, la tasa neta de migración esperada para el 2004 es del -8.58 por cada 1000 habitantes. La de México es de sólo -4.87 por cada 1000.

ban juntas cosechando lechuga. Era un trabajo muy duro, pronto Marta enfermó y por varias semanas no se pudo levantar de la cama, lo cual trajo deudas y más horas de trabajo. Desesperada, Marta llamó a la familia de un anciano quiteño al que había cuidado antes de partir; el hijo del ahora difunto anciano ofreció pagar su viaje de regreso al Ecuador. Al serle ofrecido el trabajo de administradora de la tienda familiar, Marta recogió a sus hijos de Cuenca y se mudó a trabajar a la capital. Ya ahí, se quejaba con frecuencia de sus días en España, de los malos tratos a ella y a su hermana, del dolor de espalda y de los gastos, “no se ahorra nada”. Pero seis meses más tarde, recibió una llamada de la embajada española: ¡había salido su visa! ¿Cómo podía rechazarla y quitarle a su hijo mayor la oportunidad de abordar el avión en que se fueron dos semanas después?

Marta viajó de la mejor manera posible. Hoy miles siguen rutas alternativas hacia España o Nueva York: para llegar a España hay que comprar pasaje a Francia o Italia y luego pasar por tierra hacia España; un viaje a Nueva York empieza con una transacción en Quito o en Cuenca, pero inicia de lleno con los días, con las semanas, en espera del coyote en los oscuros recovecos al norte de la pequeña ciudad costera de Pedernales. Con algo de suerte, un pequeño barco pesquero se acerca a la costa y uno sube para convertirse en parte de los cientos de polizontes que lleva la embarcación. Después de más o menos una semana, uno *puede* que haya llegado a Guatemala para empezar el largo transitar a través de México camino a los Estados Unidos, pero, claro, no pasa un mes sin que al menos un barco sea atrapado en el mar. Una vez repatriado, se puede volver a intentarlo, pues el pasaje está pagado y los coyotes en las ciudades respetan las tarifas y los acuerdos.²

El espectro de esta emigración acecha al país; ahora representa un quinto de la población total de sólo 13 millones. El gobierno intenta establecer centros de ayuda al emigrante en las principales ciudades y una iniciativa de la Unión Europea ha creado una nueva página de internet para ayudar a los emigrantes; y en tanto, la cultura ecuatoriana se esfuerza por entender el fenómeno. Algunos artis-

² Una historia reciente, elaborada por reporteros del *New York Times* y *El Mercurio*, periódico cuencano, quienes hicieron el viaje pretendiendo ser emigrantes, hizo una explicación muy gráfica de la primera etapa de estos viajes.

tas, en especial los vinculados al teatro y al cine, con frecuencia se hacen la misma pregunta esencial: ¿por qué se van? No es fácil responder, a pesar de lo que crea el Ministerio de Relaciones Exteriores, que recientemente otorgó el primer premio de un concurso de ensayo a un trabajo que hablaba del tema de la emigración, un trabajo escrito por una estudiante que explicaba su responsabilidad ante sus hermanas menores: “que la oportunidad mía sea en verdad la libertad de ellas”. Sin duda la esperanza del futuro es una causa, pero ¿esto explica la voluntad de aceptar el terrible viaje y sus riesgos, la voluntad de abandonar el mundo conocido?

Muchos artistas profesionales viven en la ambigüedad de contar con la independencia financiera propia de las buenas conciencias ecuatorianas, lo cual les lleva a tener una mirada culposa hacia el problema de la emigración. Una obra reciente, “Con estos zapatos me quería comer al mundo”, de Pablo Tates, cuenta cuatro historias, sobre dos hombres y dos mujeres. Cada uno de los personajes se lanza al viaje con esperanza y colecta con dificultad los medios para lograrlo, sólo para convertirse en una tragedia más: una de las mujeres acaba de prostituta asesinada en España, otro acaba de gigoló italiano, una tercera de actriz fracasada en Nueva York, y el último de viejo enfermo que pasa años en trabajos menores para finalmente regresar a casa y encontrar que se ha casado el amor cuya memoria le ha dado vida. De igual forma, la nueva obra de Juan Andrade, “Esperando al Coyot”, hace una parodia de Beckett en una farsa en la que tres mujeres, pequeñas comediantes de las calles y parques del Ecuador rural, esperan a su benefactor, al hombre con el barco, en una habitación cerrada con llave y llena de barriles de petróleo y poca cosa más. En la obra, un cínico locutor explica que cada una de esas mujeres ha sido escogida por el huidizo Coyot que es capaz de prever su fama futura una vez que comience el viaje. Y así las tres mujeres practican sus pasos de baile diariamente, cada una aprende las historias del pasado de las otras, y esperan y esperan y esperan al Coyot que, por supuesto, nunca llega.

Uno de los pocos trabajos recientes que aborda directamente la pregunta del por qué de la emigración es la película “Fuera de juego” dirigida por Víctor Manuel Arregui Aguirre (2002); se trata de una abigarrada historia ambientada en los disturbios que llevaron a la caída del presidente Jamil Mahuad Witt en 1998. El protagonista, Juan, es un joven que vive en La Tola, un barrio donde se mez-

clan varias clases sociales en el centro de Quito. Su padre es policía y su madre sin trabajo se oculta en un Bingo; su hermano se pasa el día sentado en casa, pegado a la televisión; los mejores amigos de Juan son un ladroncillo y una “*call girl*”. Juan abandona la escuela, empieza a fumar marihuana –inclusive frente a su madre–, intenta obtener un trabajo como velador a través de las conexiones de su padre y atiende a las marchas en las calles mientras el gobierno se colapsa. No hay otra cosa que hacer... Como todos, Juan tiene un amigo que ya se ha ido y con el cual entra en contacto cuando puede conseguir el dinero para entrar a un café internet; en la escena central de la película, repetida innumerables veces, Juan aparece en el medio de la multitud, parado frente a las rejas de la pista del aeropuerto Sucre de Quito, mirando los aviones que se llevan lejos a los seres queridos. Pero no hay dinero para Juan y en Quito no hay ningún camino que lleve a una vida mejor, hasta que un día Juan se roba un Trooper de lujo, con la ilusión, contra toda esperanza, de sobrevivir los riesgos y terminar también en un avión y no en el penal García Moreno.

Acaso la verdadera pregunta para personajes como Juan no es por qué irse sino para qué quedarse. Como muestra la película de Arregui, hay poca esperanza, pues el horror de Beckett es el horror de hoy, la inútil lucha por alcanzar una meta que nunca será alcanzada en una tierra que demanda el intento de dejarla. Y partir, eso haremos, como yo aquí en este despacho de Nueva York a donde llegué en espera de mejores posibilidades para mí y mi esposa, yo con un poco más de libertad y posibilidades que muchos como yo porque mi padre ya se había ido y me había expandido el mundo. Lo que estas obras de teatro y películas recientes sugieren es que acaso son inevitables las rupturas emocionales en esas comunidades ya de por sí devastadas por las duras condiciones económicas de estas modernidades periféricas; el motivo que subyace en el súbito *boom* emigratorio ecuatoriano no es único de este pequeño país; suficientes historias de éxito y vastas remesas de dinero constante y sonante son mantenidas como evidencias de que el riesgo vale la pena.

Más allá de la historia reciente, y a pesar de la constante inestabilidad política y económica, lo peor de la crisis quizá ya pasó. La débil economía ha empezado a recuperarse y, aunque el presidente Gutiérrez ha perdido sus alianzas con la coalición panindígena, CONAIE, es probable que le sea posible finalizar su térmi-

no en la presidencia. Sería la primera vez que un presidente ecuatoriano logra concluir su término desde 1996 –pero no hay que adelantarse, le faltan casi tres años–. Por otra parte, el número de emigrantes aún es muy alto, pero parece empezar a bajar. Este pequeño país se vuelve cada minuto más cosmopolita y global, surgen nuevas galerías y teatros en las principales ciudades, especialmente en Quito, y esto ayuda a lanzar una nueva generación de artistas. Pero persiste el sentimiento de desesperación y culpa, no sólo en los artistas, sino en todo el país. Puede ser que la diferencia sea que ahora estamos resignados a las dificultades que llevaron a la expulsión de dos presidentes, resignados a la devastadora deuda nacional, resignados a la necesidad de una economía multinacional y global, y resignados a la inflación perenne y a platos más pequeños. Hemos renunciado a hacernos preguntas difíciles, a buscar causas de raíz, a repartir responsabilidades e inclusive a hacer juicios morales en tanto las pensiones de retiro están siendo “retiradas” por el gobierno bajo la presión de las difícilísimas condiciones puestas por los prestamos del FMI. Y quizá lo que nos toca es recordar las palabras de la estudiante premiada por el Ministerio de Relaciones Exteriores: “la verdadera pobreza es la resignación.” ❧